

# *Aguas aéreas*

## Pequeño museo de zoologías poéticas

David Huerta

Los rasgos fisonómicos de los animales dan origen y sentido a un arte menor: la caricatura. Muchos animales se asemejan a los seres humanos, en especial los vertebrados superiores; infinidad de ellos tienen cabezas con un par de ojos, patas y garras y todo esto puede convertirse, en la operación caricaturizante, en rostros, piernas y manos. Puede ser difícil dibujar esa semejanza, y hacerlo con verosimilitud, ironía y gracia; pero evidentemente no es imposible: caricaturas de esa índole inundan los periódicos y las revistas, con mayor o menor fortuna expresiva y con diversos grados de invención.

Más raro, empero, es este fenómeno: hay animales parecidos a otros animales; y más raro todavía el registro o el descubrimiento —o aun la invención— de esas similitudes. Encontrar la semejanza de unos animales con otros, y expresarla con fines de revelación, o de hallazgo estético, ha sido trabajo ocasional para la imaginación de algunos poetas.

\*\*\*

Hace muchos años, participé en un libro colectivo de poesía cuyo punto original de inspiración y cuyo venero de temas eran las cartas de la baraja de la Lotería, ese vetusto juego casero, auténtica reliquia de otros tiempos en esta era de los video-juegos y las redes intercomputacionales. El libro tuvo una vida accidentada y no la contaré aquí; baste decir esto, solamente: participé en un concurso nacional, *perdió* con todas las de la ley y luego yo extravié mi fotocopia de esa obra colectiva; en largos lustros no he vuelto a verla, mucho menos a tenerla en

las manos para releer los poemas. Recuerdo, eso sí, tres pasajes del libro en los cuales aparecían comparaciones poéticas de unos animales con otros. Eso sí lo recuerdo, aun cuando no me atrevo a citar los versos, sino nada más a evocarlos tan bien como pueda.

Hay algunos animales en la Lotería, como todo mundo sabe. Tres de ellos son el Cotorro, el Gallo y el Venado. En aquel libro extraviado, a Coral Bracho le tocó escribir sobre el Cotorro, en el sorteo por medio del cual nos repartimos los temas de la baraja. En uno de los versos de Coral Bracho dedicados al gárrulo alado de la percha doméstica, podía leerse esta frase, con un guión medianero, según recuerdo, ¿o no había guión?: “pájaro-simio”. Si había guión entre las dos palabritas, ese signo indicaría el puente o la vía de la comparación, comunicando a un animal con el otro, o mejor dicho a sus nombres, a los dos sustantivos; si no había guión, entonces la palabra “simio” funcionaba más bien como una especie de adjetivo de “cotorro”. La idea es sorprendente: un loro comparado con un diminuto primate. A menudo veo a los nerviosos pajarracos verdes y pienso en ese acierto poético, en donde se mezclan la extrañeza, la originalidad y una percepción —de verdad penetrante— en las presencias del mundo. ¿No son las partes negras o grises de las patas de los loros como las manitas de algunos simios?

Antonio Deltoro escribió un poema sobre el Gallo. Las primeras cuatro palabras del primer verso decían lo siguiente: “Lobo de la madrugada”. Una vez más, la mirada poética dio en el blanco. El *quiquiriquí* es una especie de aullido, anuncio triunfal del día; el lobo, animal de la no-

che, se contrasta y se compara aquí, al mismo tiempo, con el ave jefa (jefe) de los corrales. El gallo: majestad de los corrales; el lobo: majestad de los bosques. Y sus dos voces de mando, imperiosas, autoritarias; pluma y pelo, colmillo y pico. Uno, el gallo, anunciador del día; el otro, el lobo, anunciador de su sola presencia en la espesura de la noche.

En el sorteo, al poeta y canta-autor Jaime López le tocó el Venado. No recuerdo con exactitud los versos de su poema, pero sí una idea sorprendente: en la caza del Venado, este animal grácil se transformaba en un vampiro; o bien sus cazadores, al acecharlo, al “venadearlo”, cubrían con la sombra ominosa de un murciélago hematófago al cuadrúpedo huidizo. Quiero creer lo primero: el Venado se volvía Vampiro, aun cuando puedo equivocarme. Lo cierto es esto: la sombra del venado en fuga se superponía, en el poema de Jaime López, a la del ominoso vampiro al acecho.

\*\*\*

En las *Birthday Letters* (1998), uno de sus últimos libros, el poeta inglés Ted Hughes cuenta cómo en el Common, hermoso parque público de la ciudad de Boston, encontró un murciélago tirado en el césped, maltrecho, malherido. Quiso salvarlo y se dispuso a levantarlo cuidadosamente de la hierba para ponerlo de nuevo en el árbol adjunto, de donde había caído. El animalillo se resistió con ferocidad; Hughes le ofreció un dedo y el murciélago, entonces, se prendió con sus dientes afiladísimos del apéndice salvador. Un momento antes, el murciélago había mostrado su fiereza; Hughes lo des-

cribe con un verso magistral; a sus ojos, el animal era

*A raving hyena the size  
of a sparrow...*

Es decir, “una hiena furibunda del tamaño de un gorrión”. La comparación, aquí, es de un solo animal con dos animales: por el tamaño, con un ave pequeña, común y corriente; por el temperamento, con la bestia carroñera de las leyendas hermafroditas. Al leer ese verso, imaginé las “caras” de un murciélago y de una hiena: las semejanzas me parecieron evidentes; mejor dicho: ese parecido surgió en el momento de leer las palabras de Ted Hughes.

Los poemas de Ted Hughes sobre animales son probablemente los mejor conocidos de su obra; he registrado en muchos de sus versos varias imágenes tan sorprendentes, en términos de comparación poética o de elaboración metafórica, como la del murciélago herido, pero ésa es la más impresionante para mí. Hughes tenía una mirada implacable, uno diría *egipcia*, ante muchos fenómenos y presencias del mundo animal y, en un sentido amplio, del mundo natural. La novelista australiana Elizabeth Costello examinó polémicamente, en una conferencia, los alcances del trato poético de Ted Hughes con los animales. No importa si Elizabeth Costello adolece de irrealidad: sus apuntes sobre Hughes son interesantes, aun poco o apenas convincentes.

\*\*\*

Una décima de Luis de Góngora juega con una variante de estos procedimientos poéticos en las comparaciones de unos animales con otros. Se trata de un poema-juguete, un envío de agradecimiento de un amigo: don Antonio Chacón, señor de Polvoranca. En 1621, Chacón le mandó a Góngora un delicioso requesón. El poeta le dio las gracias con un breve poema en elogio del sabroso regalo:

Este de mimbres vestido,  
requesón de Colmenar,  
bien le podremos llamar  
panal de suero cocido.



Carlos Palleiro, ilustración de la portada del *Bestiario* de Arreola

A leche y miel me ha sabido:  
decidme en otro papel  
lo que se confunde en él,  
que sin duda alada oveja,  
cuando no lanuda abeja,  
leche le dieron, y miel.

Los versos 8 y 9 presentan dos criaturas fabulosas: una oveja con alas y una abeja cubierta de lana; esto se llama, en retórica, “trueque de atributos”: lo característico de un animal se le adosa al otro; tómese en cuenta cómo esto sucede en el marco de un elogio al requesón de Colmenar, manjar sencillo. Imagino a Góngora pidiéndole al mensajero de don Antonio Chacón unos minutos nada más para preparar el acuse de recibo del amistoso y sabroso envío: sobre las rodillas, con su genial facilidad (“difícil facilidad”, reza el oxímoron), compondría los diez versos y se los entregaría al propio.

Un par de observaciones más sobre este asombroso poemita. Al trocar los atributos, Góngora no sólo “crea” esos animales surrealistas —la oveja alada y la abeja lanuda—: también trueca las delicias de los sabores distintivos de cada uno de ellos. Es decir: la leche de la oveja se mezcla con la miel de la abeja para producir el extraordinario y gozoso gusto del requesón. Las dos imágenes son tanto más expresivas por cuanto los sonidos de las frases trazan también una correspondencia fonética: las rimas de “abeja” y “oveja”, palabras de tres sílabas con la misma acentuación en idéntica vocal; el trisilabismo, también, de los adjetivos: “alada”, “lanuda”, con sus *aes* resonantes, abiertas, luminosas, como un acorde pleno. Adviértase la coherencia del poema: la comparación de los animales ha sido anunciada desde el cuarto verso. Este

verso habla del requesón como un “panal de suero cocido”: el panal apunta, por supuesto, al trabajo afanoso del *melificio*—la preparación o cultivo de la miel— y el “suero cocido” a la leche de la oveja.

\*\*\*

El poder transformador de la poesía explicaría la afición de los poetas por las *Metamorfosis*, el maravilloso libro de Publio Ovidio Nasón, el “poeta narigudo” (por lo de nasón, se entiende... como lo entendió Francisco de Quevedo en “A una nariz”). Nada parecería acercarse a Ted Hughes con Góngora, aparte de su común oficio de poetas; pero ambos son artífices de linaje ovidiano. Al lado de las *Birthday Letters*, el otro libro de la última época de Hughes es su versión libre de algunos cuentos de las *Metamorfosis: Tales from Ovid*. Góngora hizo innumerables recreaciones, alusiones, glosas y tratamientos del gran Libro de las Transformaciones de la poesía latina; uno de sus dos grandes poemas está arraigado en la historia de Acis, el cíclope Polifemo y la ninfa Galatea.

No es difícil explicarse la fascinación por esa obra. Michel de Montaigne adquirió el gusto por la lectura a partir de su descubrimiento de las fábulas de Ovidio. Es indudable la gravitación de la obra de éste en muchos pasajes de William Shakespeare, y desde luego en su tragedia más conocida: la de los amantes de Verona, Romeo y Julieta, recreación de la leyenda babilónica recogida por Ovidio acerca de Píramo y Tisbe, también reescrita por Luis de Góngora en un romance portentoso, uno de los más difíciles de su obra poética; sabemos de su apego a esa pieza, la favorita de don Luis entre todas las suyas.

Las *Metamorfosis* cuentan historias míticas en las cuales los seres del mundo cambian su forma, su apariencia, por diversas razones, ya sea un castigo divino, un recurso para salvar la vida o una mutación divinizante.

Al comparar en términos poéticos un animal con otro, los poetas operan una especie de extraña metamorfosis; pero lo transformado en esas operaciones imaginarias y verbales no es, hablando con toda propiedad, la figura de los animales mismos,

sino nuestra capacidad para ver el mundo. Poder metamórfico de los poemas: al descubrir relaciones insólitas o inéditas entre los seres, las presencias y los fenómenos, nos cambian a nosotros, los lectores. Quizá no a todos les parezca gran cosa; a mí y a otros como yo, nos parecen logros de una profundidad y una vitalidad intelectual sorprendentes, extraordinarias.

\*\*\*

En el año 2004 se conmemoró en el mundo el centenario del nacimiento de Pablo Neruda. Con ese motivo, escribí algunas decenas de páginas. En una de ellas hice una anotación de muy poca monta, o así lo creí hasta hace unos meses: comprobé en mi diccionario manual (el *Pequeño Larousse Ilustrado*) la cercanía de las fichas de Neruda, Gérard de Nerval y un animal de los mares árticos llamado “narval” —mencionado en el *Canto general* y en diversos tramos de la obra nerudiana—, cetáceo dotado de un larguísimo colmillo espiralado.

Mi observacioncilla iba así: Narval, Neruda y Nerval están en la misma página del *Larousse*: eso era todo. No era gran cosa, lo admito sin rubor; hasta mi lectura del precioso ensayo de Florence Delay titulado *Llamado Nerval*, publicado por el Fondo de Cultura Económica en la Colección Popular. (Mi texto nerudiano fue publicado en 2006, con otros del mismo tema, por la colección Raíz en Trance, gracias a la generosidad de Enzia Verduchi y Jaime Soler).

El más conocido poema de Gérard de Nerval —citado, traducido, insaciablemente interpretado— se llama “El Desdichado”; uno de los rasgos notorios del poema es su título: está en español. Es un soneto magnífico, misterioso y muy bello, el primero de una serie de doce composiciones: “Las Quimeras”. No me voy a ocupar aquí de una tarea imposible para mis fuerzas: aportar una nueva “lectura” de ese poema. Sencillamente recojo las observaciones de Florence Delay para ponerlas en el contexto de estas notas sobre comparaciones poéticas de unos animales con otros.

En los tercetos de “El Desdichado”, hay imágenes del agua. La primera es la de una

gruta “donde nada la sirena”; la segunda, del río infernal cruzado sin cesar por el barquero de los muertos: el río Aqueronte. El Desdichado dice haber cruzado en dos ocasiones, vencedor (*vainqueur*), las aguas del inframundo; lo hizo mientras pulsaba la lira de Orfeo y en el instrumento sublime “modulaba” “los suspiros de la santa y los gritos del hada”.

Vuelvo por un momento a Pablo Neruda. En uno de los libros finales del *Canto general*, “El Gran Océano”, Neruda menciona al narval (usa, extrañamente, la ortografía inglés: *narwhal*) y lo llama “unicornio marino”. Es o fue, hace siglos, una comparación muy común: el colmillo del narval era un codiciado objeto de comercio en las cortes europeas del Renacimiento pues se le hacía pasar por un cuerno de unicornio, bestia de la fábula y el mito. El narval era, entonces, *el unicornio marino*: comparación de un animal real, el cetáceo septentrional, con una criatura imaginaria; eso bastaría para justificar la mención del narval nerudiano y renacentista en estas anotaciones. Pero hay más —y es aquí donde aparecen Gérard de Nerval y “El Desdichado”.

Ya mencioné el agua al final de “El Desdichado”. La reina, la santa y el hada son las presencias femeninas evocadas en los tercetos; la reina ha dejado el sello encarnado de un beso en la frente del Desdichado. La santa y el hada, dos figuras enigmáticas, se concentran o se cifran en otra: la figura de la doncella virgen. A la preciosa fragilidad de esa doncella se añadía, en la imaginación de los antiguos, un poder formidable: sólo una mujer virgen podía domesticar al ferroz Unicornio; es un tema tratado muy a menudo en la pintura y en especial en la tapicería del pasado milenio.

Según Florence Delay, el Desdichado —luego de soñar en la gruta de la sirena— se metamorfosea para poder cruzar las aguas tenebrosas del Aqueronte. Se convierte en unicornio para desencadenar “los suspiros de la santa” (es decir, de la doncella virgen) y los gritos del hada. Pero se trata de un unicornio *capaz de nadar* y de sobrevivir, por lo tanto, a la travesía por las aguas terribles del Infierno: soñar con la gruta de la sirena le ha permitido hacerse de ese poder sobrenatural y llevar a cabo su hazaña sin riesgos y sin daño. El unicornio del poema nervaliano es un

“unicornio marino”, entonces: *un narval*. Delay lo dice sintéticamente con estas palabras:

Guiado por Melusina, el hada sirena, el príncipe de Aquitania se convertirá en unicornio marino para ir a consolarla. De ahí el nombre de Narval.

Aquella simpleza de mis apuntes nerudianos de 2004 se convirtió, gracias a lo descubierto en las páginas de *Llamado Nerval*, en el hallazgo involuntario de una grandiosa imagen poética, gracias a Florence Delay, a quien desde luego le corresponde todo el mérito de haber leído con tanto cuidado y originalidad a Nerval. El Desdichado, entonces, se cambia en un animal mitológico, el Unicornio; pero éste tiene su correspondencia exacta en un animal de la realidad real: el narval. Una metamorfosis: de ser humano a animal imaginario; una comparación poética de un animal con otro animal: el unicornio y el narval. La contigüidad del narval, de Neruda y de Gérard de Nerval en la misma página del *Pequeño Larousse* ya no era una simpleza.

La bibliografía crítica sobre Gérard de Nerval es abundante. Coexisten en ella personajes de diversas tendencias políticas: desde el comunista Paul Éluard, quien poseyó un manuscrito de “Las Quimeras”, hasta el nazi francés Robert Faurisson, entre cuyas curiosas actividades “intelectuales” se cuenta una campaña para negar la existencia y las actividades de los campos de exterminio de los SS alemanes.

La obra completa de Nerval fue traducida al español por Tomás Segovia y publicada en España por Galaxia Gutenberg. De “El Desdichado” se publicaron varias versiones a nuestra lengua en la desaparecida, no metamorfoseada, revista *Vuelta*, dirigida por Octavio Paz, uno de los mejores traductores del poema al castellano.

\*\*\*

El habla común ha acuñado nombres de animales en los cuales podemos constatar el mismo procedimiento poético aquí comentado y examinado a vuelapluma. Uno de los nombres del colibrí, por ejemplo, es “pájaro-mosca”. **U**